



ALFREDO  
TAJÁN

EL SALVAJE  
DE BORNEO

PRÓLOGO DE  
JESÚS AGUADO

**FRAGMENTO**

  
Paréntesis

*Colección Orfeo*

## OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

*Javier Villanueva. La verdadera historia*, INMA PORTALO  
Y JAVIER VILLANUEVA

*Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad*, JESÚS COTTA

*Hay chicos malos. El caso de Marta del Castillo*, ALFONSO EGEA

- **COLECCIÓN ORFEO**

*Cuchulain de Muirthemne*, LADY GREGORY

*La sangre y el eco*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*Todas las mujeres*, JOSE MARÍA CONGET

*Los consulados del Más Allá*, AQUILINO DUQUE

*La fiebre de Siam*, EDUARDO JORDÁ

*Las historias gallegas*, ÁLVARO CUNQUEIRO

*La catedral*, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

*Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita*

*Cincodedos*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*El misterio del mundo. Antología*, FERNANDO PESSOA

*Misión en Bucarest y otras narraciones*, AGUSTÍN DE FOXÁ

*El Domador*, RAFAEL PÉREZ ESTRADA

*Los agujeros negros*, AQUILINO DUQUE

*El aprendiz de emigrante*, ROBERT LOUIS STEVENSON

*Cartas de Nueva York*, JOSÉ MARTÍ

*Percusión*, JOSÉ BALZA

*La transformación*, FRANZ KAFKA

- **COLECCIÓN UMBRAL**

*Vacaciones de invierno*, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

*Plaza del Cabildo*, EMILIO DURÁN

*El centro de la Tierra*, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

*El viento y la arena*, ANTONIO REYES MATEO

*Hildur*, TONI MONTESINOS

*Doménica*, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

*La maldición del cronista*, MARC GUAL

*Sueños de libertad*, CARLOS ALGORA

*Horas para Wallada*, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ

*El año de Malandar*, JUAN VILLA

*La carpa de oro*, CHARO PRADOS

*El hombre encuadernado*, BRUNO MESA

*Mi vida sin Eva Gundersen*, MANUEL J. RAMOS ORTEGA

*El libro del sabor nuevo*, ELENA RODRÍGUEZ

*Campo de minas*, CÉSAR ROMERO

*Tierra raya*, ANTÓNIO TRINIDAD

*Cambio de sentido*, MAR GÓMEZ GLEZ

*Dieste*, MARIO GÓMEZ LÓPEZ

*Andábata*, OLGA BERNAD



Alfredo Taján nació en Rosario de Santa Fe, Argentina, y se estableció en Málaga a principios de los años setenta. Licenciado en Derecho por la Universidad de Granada, cultivó muy pronto la poesía, en la que ha publicado ocho títulos reunidos en *Naumaquia* (en preparación).

Sin embargo, donde Taján ha encontrado un lugar relevante es en el ámbito narrativo. En 1993 se alzó con el Premio de Novela Breve Juan March Cencillo en su primera edición con *El salvaje de Borneo*; en 1996 su novela *El Pasajero* fue galardonada con el prestigioso Premio Café Gijón, y se editó al año siguiente. Más tarde vendrían *Continental & Cía* (2001) y *La Sociedad Transatlántica* (2005).

Autor de numerosos artículos de arte e historia contemporáneas, colaborador en prensa y revistas especializadas, desde 2004 dirige el Instituto Municipal del Libro del Ayuntamiento de Málaga.

www.parentesiseditorial.com

Fragmento de muestra de *El salvaje de Borneo*

«Después de tantos meses de infortunio,  
Robinson sintió vivos deseos de  
relacionarse con aquella tribu.»

*Robinson Crusoe*, Daniel Defoe

«No estalló una Revolución Francesa, estallaron varias Revoluciones Francesas; se desencadenaron movimientos de uno y otro signo ideológico; tampoco hubo una nobleza prepotente, la nobleza se dividió según su estirpe y su suerte, y abandonó a los reyes a su destino trágico. A estas alturas, conciliar patriotismo y libertad supera el estereotipo de la gran familia igualitaria, por eso el salvaje ilustrado resultó un fiasco. Es inútil el acta de defunción: hace unos cuantos años le preguntaron al dirigente comunista chino Chu-en-Lai acerca de los hechos que acaecieron en Francia en 1789, y contestó: “Es demasiado pronto para saberlo”.»

*Ciudadanos*, Simon Schama

# 1

Pretendían salir de viaje secuestrándose a sí mismos, lo que suponía un alto riesgo.

Celeste, cuyo nombre revelaba pálidos y tenues gestos de final de temporada, conservaba esa vitalidad del mar en calma que lo inunda todo muy despacio; así, cuando pensaba en el proyectado viaje, daba rienda suelta a su imaginación desbordante y llegaba a verse erguida como Florencia Nightingale en la mortificada Via Veneto, impávida y serena, consciente de una misión civilizadora e infalible.

Por el contrario, Ricardo prefería aderezar sus mitos, sopesarlos, saberse protegido por un espacio cósmico para poder liderar, desde la sombra una serie de intrigas aunque, por supuesto, no estaba en sus dotes ni en sus objetivos aparecer como jefe de fila de ninguna idea o persona. Reivindicaba en silencio y manteniendo la compostura que, al fin y al cabo, un personaje de su naturaleza supuestamente estéril y esteticista, no tenía por qué ser una parodia, un marqués empalagoso de opereta o en su peculiar e irónica jerga un *poseur* con amistades de *premier*.

Celeste y Ricardo no tenían hijos, pero en su matrimonio se hablaba con franqueza. Bustos parlantes de un orden invisible, más allá de los tópicos y las debilidades cotidianas, perseguían la máxima poco romántica de que «el amor, en algunas partes del mundo, no es una sinecura», y hasta la suerte económica había favorecido esa ambivalencia de flor excéntrica: por un lado, se fascinaban mutuamente brindándose un calor fatalista y vengativo, y, por otro, con el dinero que habían heredado podían endulzar ese elástico ejercicio de enamorados antagonistas.

Efectivamente, ambos disfrutaban una euforia sobrevenida a causa de la venta de unas propiedades en las que, también ambos, figuraban como legatarios. La abuela de Celeste, Marta de Aymerich, y un tío carnal de Ricardo, Enrique Cimbales, que a su vez mantenían un lejano parentesco, decidieron auxiliar a la pareja de investigadores

y vendieron una parte sustanciosa de una herencia proindiviso en la cual veinticuatro hienas hambrientas y prolíficas, se disputaban los inmuebles. Todo se precipitó con la muerte de Enrique Cimbales, un extravagante psicólogo conductista que era, en realidad, el administrador de la herencia, y que se había hecho tristemente famoso por el matrimonio que contrajo con una paciente enajenada cuyo fruto fueron doce vástagos, todos cuerdos. Además, en un tiempo, Cimbales había aplicado tratamientos terapéuticos a la escritora anglosajona Liliana Evington, que luego se fue de la lengua asegurando que el psicólogo se comportaba como Sir William Wilde —célebre médico, padre del no menos célebre recluso de Reading— con Mary Travers: la hipnotizaba, le hacía ver que era Dios, y aprovechando el rito de iniciación, la poseía. Aquella venta se decidió inmediatamente.

Al efectuarse la liquidación emergió la duda de una sangría sospechosa: a nuestros nuevos robinsones les correspondió la cantidad exacta de ciento veintitrés millones de pesetas. Ni Celeste ni Ricardo, profesores de universidad, consideraron la cifra en términos de desventaja; llevándose una desagradable sorpresa al notar que los otros herederos bramaban como toros de raza. Por lo tanto, sin dar tregua a los acontecimientos ni tiempo al tiempo, que sólo ocasionaría largos litigios y minutas desproporcionadas de leguleyos a la última, acordaron abandonar el país —el escenario europeo— y desde Santander tomar rumbo a las tierras por las cuales su matrimonio todavía no había naufragado.

La tarde anterior a la partida, Celeste y Ricardo mantuvieron una agradable conversación literaria sobre una *nivola* eduardiana, creando un florilegio verbal de intercambio de opiniones tan poco practicado, históricamente, en la Península Ibérica. El aire fresco y la fina llovizna del Paseo Marítimo de Santander vaporizaban el que había sido un verano de órdago, en cuanto a clima se refiere, y hacían extraña y peculiar a esta pareja, más aún cuando entraron en otro de sus temas predilectos: la antropología.

Esa atracción antropológica variaba y tenía, en cada uno, sus determinantes puntos de vista en un intento de acceder a la luz

del ser humano, a la manera de Hobbes, pero con la añadidura de una severa crítica a la hipocresía de los filósofos sofistas, y con la seguridad —en este aspecto eran bastante intolerantes— de que iba imponiéndose en el planeta Tierra el terrible estigma del mal; por ese motivo, Celeste adoraba las tranquilas formas políticas primarias de la Polinesia y Borneo, la intuitiva democracia del clan y, en su degradación, contemplaba con placer los vestigios de las monarquías matriarcales en Madagascar, lo que Ricardo denominaba —con sorna— las monarquías orondas al padecer, la mayor parte de sus soberanas, graves hidropesías inflamatorias o incurables tendencias a la obesidad.

En los intereses de Ricardo, en cambio, no existían las injusticias, no había esfinges, mitos, ni discursos filosóficos o morales, no podía encontrarse —por más que se insistiera— alguna pasión teológica o ideológica. En sus últimas motivaciones, el sufrimiento sólo significaba un justo y ligero castigo tras un previo error de cálculo. La literatura, en esa álgida y cientifista manera de saber, ocupaba el trono de la insensatez, la pérdida de tiempo y la debilidad, y eso habiendo sido familiar a todo tipo de lecturas: profundo conocedor de historia antigua, poesía polaca e incluso, en una época, introductor en España de las novelistas argentinas Luisa Sofovich y Beatriz Guido. Pero, en este momento, Ricardo rechazaba de pleno el descentramiento y las hipótesis no demostrables.

El áspero, aunque semivelado, enfrentamiento teórico tomó cuerpo real cuando la tarde anterior a la partida, con los nervios a flor de piel, ambos se explayaron, como no lo habían hecho antes, en un contencioso sobre el itinerario definitivo a seguir hasta llegar a Borneo. Celeste mantenía —con la sequedad esquemática de una experta calígrafa— que debían realizar una escala en Madagascar, al menos para conocer el norte de la isla y comparar los tabúes malgaches respecto a los africanos occidentales y, cómo no, los polinésicos. Ricardo, enardecido, alegando razones de lejanía histórica: «Esto no es una escala, es un viraje», repetía, se negaba en rotundo a seguir a su querida compañera que según él, como una histérica antropóloga, pretendía abrir paisajes interiores y elevar su

pensamiento con oportunistas baremos sociológicos contruidos como escafandras a medida; es más, Ricardo llegaría al extremo de plantear sin remilgos que para él Tananarive significaba bien poco, sólo una ciudad de múltiples pararrayos que remataban iglesias francesas y modernos rascacielos en prevención de constantes tormentas veraniegas y, en este caso, de neuróticas radicales.

Fue cuando Celeste se dio por aludida y elaboró una inteligente estrategia, aproximándose al obstáculo como alejándose de él un divertido efecto *boomerang*, que consistía en contestar a su marido con la frialdad exquisita del asesino intelectual: su rostro permanecía en una falsa calma, los ojos mantenían una apagada mirada de fatiga; pero se obstinaba en la resolución malgache. Ella hubiera querido oír el canto del gallo, reavivar un escándalo, interpretar hábiles y seductores ademanes de convencimiento, sin embargo conservó, con una fina economía de gestos y con voz clara y nítida, sus posiciones.

Que no permitirían que nada ni nadie diera al traste con el viaje, lo sabían los dos de sobra; les unía una sólida bruma de semejanza en la que no tenían cabida la soledad ni la melancolía. La pulcra iridescencia del comienzo de la relación se mantuvo a lo largo de los años y siempre parecían estar haciendo los preparativos para la hora del té.

Si en el aeropuerto de Santander no había ni un alma, la llegada a Barajas no pudo ser más caótica, triunfaba el reino absurdo de los andamios y las escaleras móviles: horas interminables en un transbordo que no debía ocasionar problemas de tiempo y que se dilataba desesperadamente. Con estas circunstancias adversas, el objetivo final del viaje corría riesgo de diluirse —muy sensible era la pareja tanto a las efusiones como las escenas deprimentes— y a última hora la decisión malgache podía aguararse por el desquiciamiento de los prolegómenos. Se respiraba confusión en los aeropuertos españoles y se detectaba una tendencia cretina en algunos pasajeros —ojos que no ven, corazón que no siente— que, a principios de octubre, aún aguardaban, de manera inexplicable y paranormal, ese pleno sol ibérico ahora huidizo por las primeras lluvias otoñales.

Cauterizaron su melancolía reparando en los jóvenes y atractivos leones —laxos en los divanes— pero sin rastro de disipación

en sus facciones, lo que les excluía de desatinos o ignominias. Ellos venían a representar su papel acompañados de amables chicas igualmente de cabelleras leoninas— que trataban con seriedad, casi en consejo de guerra, temas de carácter frívolo, y con insultante frivolidad problemas consustanciales al ser humano, como, por ejemplo, algunas pesadillas freudianas o las inútiles campañas de la Cruz Roja internacional en Etiopía.

Al desaprobar el saldo de géneros que se ofrecía insolente a sus vistas —bajo el tono de la voz y baja la cuantía ética—, Celeste y Ricardo, sobre todo la primera, estuvieron a punto de llamar a un policía municipal para redactar con él un atestado que se ajustara a un nuevo tipo penal que rezaría de la siguiente forma: «La provocación suficiente. Hechos delictivos relacionados con la idiocia juvenil en las edades comprendidas entre diecisiete a veinticuatro años. Descripción de casos flagrantes en las postrimerías de los períodos vacacionales. Excepciones y doctrina al respecto».

Al imaginar la parodia —con varios actos de buena comediografía— estallaron en carcajadas comprometedoras. Todos miraban.

**IR A LA FICHA DEL LIBRO**

---

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,  
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y  
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito  
de los titulares del copyright.**